

Novela Popular Cinematográfica

Año III
Número 97

El Apóstata



25 céntimos

Protagonistas:
Barbara La Marr
John Gilbert
Bessie Love



EL APÓSTATA

(EST. ELMD, 1923)

*Argumento de la grandiosa película así titulada.
Superproducción de la importante casa «Fox», de
la que es concesionaria para España y Portugal,
«Hispano Fox Film S. A.», Valencia, 280.*

PROTAGONISTAS:

BARBARA LA MAR, JOHN GILBERT Y BESSIE LOVE, en los papeles de Agnes, Telmo y Edna, respectivamente.

1

La historia del apóstata comienza en cierta mansión señorial del Sur de los Estados Unidos, propiedad de su madre, una buena y santa mujer.

El día que esta historia tuvo principio, la madre de Telmo Murray, que así se llamaba el que había de ser apóstata, acababa de recibir la grata visita de dos hombres. Uno de ellos era el reverendo John

protagonistas:
Barbara La Mar
John Gilbert
Bessie Love

22 centimos

Hammond, Rector de la iglesia protestante del lugar; el otro, el hijo del reverendo, Ray Hammond, que estaba estudiando en el seminario protestante para poder ordenarse y seguir la carrera de su padre.

A poco de haber llegado los dos hombres, y cuando se hallaban charlando con la dueña de la casa, apareció Telmo, que entonces era un joven alegre, impetuoso, audaz y cuyo espíritu, henchido siempre de gozo, estaba asistido por el altruismo de un generoso y abierto corazón.

Llegó, besó y abrazó a su madre, una y otra vez, abrazó al reverendo y luego corrió a los brazos de Ray, que le esperaban.

Telmo y Ray habían sido inseparables desde la infancia. Su amistad era firme, segura, según creía Telmo.

Saltando como una criatura salió de la estancia, a la que volvió en breve, con un papel doblado que dejó sobre la mesa. Hecho esto, dijo a su amigo Ray:

—Te he preparado una gran sorpresa, Ray.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Telmo desdobló el papel, que no era otra cosa que el plano de una iglesia, y dijo:

—Mira. Haré una nueva iglesia para ti. Te la regalaré en cuanto te ordenes. Tú mismo dirás el sitio en que te agrade que se construya. Esta iglesia será el monumento a nuestra amistad.

—Amigo Telmo, no sé cómo agradecerle... — murmuró Ray.

—Nada de agradecimiento. Todo lo que poseo es tuyo...

Mientras su madre y el reverendo le felicitaban por aquel espléndido regalo que hacía al amigo, Ray

volvió la espalda y se puso a mirar el campo, a través de los cristales de una ventana, no distraído, sino preocupado. Se dijera que no se consideraba digno de aquel regalo.

Poco después, Telmo y Ray salieron a caballo hacia un pueblecito cercano en donde vivía Agnes Mason, una joven bella, gentil, lozana, guapísima, una de las mujeres más hermosas y elegantes, en fin, de todo el país, a la que Telmo cortejaba. Agnes era sobrina del párroco protestante del lugar y, hasta entonces, había aceptado el cortejo de Telmo.

Así, en cuanto los dos amigos llegaron, Telmo procuró que Ray se quedara charlando con el pastor y él, cogiendo a Agnes del brazo, desapareció con ella hacia dentro del jardín, desoso de charlar de sus sueños de vida feliz en día no lejano.

Locamente enamorado de Agnes, Telmo se atrevió al fin, aquel día, a poner su corazón a los pies de la mujer a la que idolatraba.

Estaban en un banco del jardín, situado bajo la sombra grata de unos árboles seculares. Telmo, arrodillándose ante su amada, exclamó con voz quebrada por la emoción:

—¿No oyes la voz de mi corazón? ¿No oyes lo que ha estado diciendo desde la primera vez que te vi?

Agnes le miraba serenamente. Estaba encantada. Sus ojos aterciopelados, entornándose, parecían acariciar suavemente. Telmo, enajenado, hechizado por aquella mirada, añadió:

—¿Te adoro, bien mío?... ¿Quieres ser mi esposa?

Ella no contestó, pero como Telmo ya se hubiese puesto en pie, se inclinó hacia él, un tanto coqueta, y él, con impetu, buscó sus labios y la besó encendidamente.

Luego, él la besó de nuevo y la abrazó, sin darse cuenta, en su entusiasmo, de que ella no le devolvería aquellas caricias. Si bien se dejaba abrazar y besar, su alma no estaba allí. Pero Telmo no podía percatarse de ello. Su gozo no le dejaba libertad para observar. Al fin, disimulando rubor, Agnes se escapó de sus brazos y salió corriendo por un sendero del jardín. Él la siguió y la alcanzó. Cogidos del brazo y seguro Telmo de que esa petición había sido aceptada, llegaron ante Ray y el pastor, que seguían charlando. Telmo les dijo:

—Tengo el placer de anunciarles nuestro próximo enlace. He pedido a Agnes que consienta en ser mi esposa y ella me ha proporcionado la dicha de aceptar mi petición.

El pastor le abrazó conmovido, Ray le estrechó la mano, al parecer con gran efusión.

Loco de alegría, Telmo partió en aquel mismo instante para su casa a comunicar a su madre la maravillosa nueva. Ray se quedó con Agnes y su tío.

Cuando Telmo llegó a su casa, dejó el caballo en la puerta, atravesó a saltos el jardín, entró en la estancia en que su madre estaba, la besó, la abrazó y luego dijo con extraordinaria alegría:

—¡Me ama, madre mía!... ¡Me ama! ¡Es para volverse loco de contento! ¡Me ama! ¡Agnes me ama y me ha prometido ser mi esposa! ¿No es esto el colmo de la dicha?

Aquella santa mujer que era la madre de Telmo, se acercó a su hijo, que se había sentado en un amplio sofá, y tomó asiento a su lado, comenzando en seguida a acariciarle como si fuese una criatura. En tanto que le acariciaba, le dijo:

—¿Estás completamente seguro de tu amor... y del de ella?

—No dimes más. No agregues a tu canallería, a tu maldad, hipocresía... ¡Demasiado sabes lo que me ha ocurrido! Admito que hace poco no lo sospechas... Pero ahora... ¿No ves mis ojos llenos de lágrimas? ¿No adviertes que mi corazón está llorando sangre? Lo he visto todo. Es una desgracia que lo haya visto, pero también una fortuna. Sois unos miserables, que me habéis destrozado. Pero es preferible que haya quedado deshecho ahora y que ni engañe ni prevalezca. Mi vida ya no será vida. Acabo de entregarme al espíritu del mal. He renunciado de todas mis creencias. Soy un apóstata. Nuestra antigua amistad me era tan grata como la vida misma... Ya no podré creer en la amistad... El amor me parecía un ser divino... Ya no podré creer en el amor... Habéis hecho de mi vida, tú, el amigo, y ella, la amiga, una cosa amarga, que será en lo sucesivo cruel, no sólo para mí, sino para quienquiera que encuentre en mí camino. Porque tú me has hecho traición con ella. Me has hecho traición por una mujer, que era mi amiga... y maquinabas un plan infame para mañana. A la infamia de tu engaño de ahora, quieras añadir una infamia mayor. Eres profundamente despreciable, Ray, a quien yo quería como a un hermano.

Ray trató de huir. Pero Telmo le tenía cogido de la americana y no le dejó escapar.

En el impulso que Ray hizo para fugarse, casi queda destrozada la americana. Telmo le miró fijamente y Ray quedó paralizado, como sugestionado.

Entonces Telmo añadió:

—Nos haremos en duelo, pero con una sola arma... la mía, pues que tu no llevas ninguna. Cargaré mi revólver con una sola bala... y haré girar el cilindro... Luego echaremos suertes y disparará primero el que le toque, luego el otro, hasta que la bala

salga... Puede tocarte a ti... o a mí... La suerte decidirá... Pero uno de los dos quedará aquí muerto... Los dos no podemos seguir viviendo.

Telmo cargó el revólver del modo que había dicho, con una sola bala, y agregó para aclarar a su rival las condiciones del singular duelo:



—Cada uno tirará del gatillo, por riguroso turno... una sola vez... hasta que se dispare la bala...

Dicho esto, tiró una moneda al aire que recogió con una mano y la cerró. Dijo a Ray que pidiera una o cruz. Tocó a Ray disparar primero y Telmo le entregó el revólver y le alejó unos pasos, poniéndose de frente a su rival. Ray apuntó al corazón, pero la bala no salió. Entonces Telmo se dirigió a él para coger el revólver y disparar a su vez. Pero Ray, viéndose perdido, siguió tirando del gatillo, descomulgando con la vida de enemigo tan temible. Telmo, dándose

cuenta de esta nueva traición de Ray, saltó sobre él como una fiera y le derribó al suelo, en donde comenzaron a luchar una furia. Todos los esfuerzos de Ray se encaminaban a hacer uso de la bala que había en el arma, pero Telmo no le dejaba hacer uso de ella.

El manantial al que Edna había ido por agua, estaba junto al lugar en que los dos hombres estaban luchando. Cuando la muchacha alzó el cubo, ya lleno, al mirar frente a ella, se dio cuenta de lo que sucedía. Se quedó atónita. De pronto, sonó un disparo. Asustada, dejó caer el cubo. Vió que un hombre quedaba muerto en tierra y que otro hula. El que hula era Telmo. Huyó ella también, hacia la herrería de su abuelo, gritando:

—En el bosque han matado a un hombre!

Corrieron todos al lugar hacia donde Edna señalaba. Su abuelo salió también, para dirigirse hacia allá, acompañado por su nieta. En aquel momento, llegó Telmo, bajó de su caballo y dijo al herrero:

—Arregle en seguida esa herradura de mi caballo. ¡No tengo tiempo que perder!

—Tendrá usted que esperar un poco... Según me dice mi nieta hay un hombre mortalmente herido en el bosque... Correr en su ayuda es primero.

El espíritu del mal, que ya se había apoderado plenamente de Telmo, hizo que éste dijera:

—No me haga usted esperar, holgazán.

Edna, que desde el primer momento había reconocido a Telmo como el hombre que luchaba con el que había quedado en el bosque, pero a quien su bondad no le permitía decir una palabra de ello, al ver que su abuelo era maltratado de palabra, se puso ante él y dijo a Telmo:

—No insulte usted a mi abuelito.

Telmo miró despectivamente a abuelo y nieta, mon-

tó en su caballo y salió al galope hacia su casa. Al emprender la carrera, se le cayó un libro del bolsillo. Edna lo recogió y corrió tras Telmo, llamándole, para entregárselo. Pero inútilmente. El caballo volaba y desapareció en la lejanía entre una nube de polvo.

Un año después, la muerte de Ray Hammond seguía rodeada del mayor misterio. Nadie sabía nada; nadie sospechaba nada. La única persona que podía haber dado detalles de aquello, Edna, nunca dijo a nadie una palabra sobre lo que había visto.

Durante aquel año, en los primeros meses, Telmo no había cesado de viajar queriendo olvidar así la traición que se le había hecho, a su amor y a su fe. Pero de aquellos viajes volvió del todo cambiado. El espíritu del mal, durante ellos, no había dejado libre ni un solo matiz de su personalidad. Entonces llegó a ser acabadamente un apóstata, no ya sólo pérdida la creencia religiosa, la creencia en el amor y en la amistad, sino también en toda otra clase de sentimientos. Y se hizo, por lo tanto, duro, cruel, implacable. Toleraba a su madre, por un resto de cariño, pero aborrecía a todas las demás criaturas; odiaba la vida y en sus labios sólo había palabras de desprecio para el mundo entero. Palabras que siempre eran sarcásticas.

Se pasaba todo el tiempo contemplando un cuadro al óleo titulado *El Destructor*; al que consideraba como símbolo perfecto de la traición y del engaño que destruyen para siempre el amor. El cuadro, estaba colocado en lugar preferente de sus habitaciones, a las que había prohibido que entrasen criados ni visitas. Sólo a su madre le dejaba entrar allí, pero únicamente cuando iba a buscarle. Generalmente, se encerraba solo, dentro, y pasaba las horas en una actitud de huida profundamente amargada.

Como contraposición al cuadro *El Destructor*, ha-

bía, en medio de la más amplia estancia, una reproducción admirable del Tai Majai, famoso templo oriental y el más bello monumento erigido en honor del Amor.

Dentro del pequeño templo, Telmo tenía guardado un papel, se dijera que como una reliquia. De vez en vez, sacaba aquel papel de allí, lo leía, lo estrujaba con sus manos, lo arrojaba al suelo con cólera, lo volvía a recoger, lo guardaba de nuevo en el templo y cerraba otra vez su pequeña puerta con una llave que llevaba siempre consigo.

Un día, una vieja criada curiosa, intentó abrir aquella puerta, deseosa de saber lo que sucedía al hijo de su ama amada, pues todos creían que en aquel templo se guardaba el secreto del cambio que Telmo había sufrido.

Telmo la sorprendió en su intento y le gritó:

—¡Entramefida! ¡Fuera de aquí!

Y la acompañó, empujándola hasta la puerta. Allí, llamó a su madre y le dijo:

—Hice construir estas habitaciones para poder estar solo. Es preciso que la servidumbre no lo olvide.

—¡Hijo mío, por Dios! ¿Cómo has cambiado tanto?... Ten confianza en mí... Abre de nuevo tu alma al Amor...

—¿El Amor?... Esa es el arma favorita del demonio... ¡El Amor, la Amistad, el Honor! ¡Palabras, palabras vacías!

La santa madre de Telmo se llevó las manos a la cabeza en un gesto de desesperación. ¿Qué le había ocurrido a mi hijo?, se preguntaba sin saber contestarse.

Por los cristales llegaba el sol de un bello día de otoño que era. Y allí en la aldea cercana, mientras Edna recogía en el campo unas manzanas para su

abuelo, éste, en la puerta de la herrería, sentado bajo la sombra de un árbol, dejaba de existir.

Cuando Edna volvió con la fruta, al darse cuenta de la tremenda desgracia que le acababa de ocurrir, se arrojó a los pies de la única persona que le quería y se puso a llorar con el corazón destrozado de amargura.

III

Pocos días después, no teniendo medios de ganarse la vida allí, Edna dispuso su marcha a la ciudad más cercana, segura de que allí encontraría trabajo.

Sólo subió a despedirla un joven que la amaba en silencio. Antes de que Edna montara en el coche que había de llevarla a la estación, aquel joven, con respeto, la besó en la frente. Edna, sin embargo, se avergonzó y se tapó con el sombrero todo el rostro.

Así subió al coche y éste partió. Poco después, en una reynelta de la carretera, cruzaron con un auto. Los caballos se espantaron y emprendieron veloz carrera, desbocados. El cochero no podía sujetarlos. Salieron a campo traviesa. Edna cayó del coche, al dar éste un salto, sin sentido. Poco después cayó el cochero, pero logrando no obstante parar a los caballos. Volvió a recoger a la joven. Pero había llegado antes, el auto, con el mismo objeto. Quien iba en él era la madre de Telmo, que ayudó a su chófer a recoger a la joven y que dijo al cochero cuando éste llegó:

—La llevaré a mi casa... y la cuidaré hasta que se mejore... Después, podrá continuar su viaje.

Telmo estaba fuera, en una de sus acostumbradas correrías por el mundo. Edna pronto estuvo restablecida. Pero su inocente dulzura era un consuelo infi-

nito para la infortunada señora Murray, que no acertaba a predir a Edna que no la abandonase. Tampoco Edna sabía cómo decir que nunca quería salir de aquella casa.

Un día, hallándose charlando, muy amigablemente, el pastor, padre de Ray, la madre de Telmo y Edna, esta decidida, dijo:

—Tan hermoso es esto... y tan buena ha sido usted conmigo, que el día que me vaya creeré que he estado soñando.

—Querida niña!—repuso la señora Murray aprovechando la ocasión.—¡Yo no puedo dejarte partir!... Deseo que te quedes y que seas siempre para mí como una hija...

Edna, conmovida, abrazó a la santa mujer. Tampoco ella deseaba otra cosa que quedarse y ser como una hija para aquella madre apenada.

En aquel preciso momento, sin avisar como era en el costumbre, se presentó Telmo, que volvía de su viaje.

Saludó friamente al pastor, que se despidió en seguida. Saludó más friamente aun a Edna, que, mirándole fijamente se dijo a sí misma:

Es él...

Luego abrazó como a la fuerza a su madre, que le dijo:

—Esta joven, que se llama Edna Earl, vivirá en la sucesión con nosotros, hijo mío.

—Bueno—contestó Telmo con indiferencia.

En seguida volvió la espalda y se dirigió a sus habitaciones.

Edna, segura de haber reconocido a Telmo, buscó el libro que éste había perdido el día que ella lo conoció, libro que aun guardaba. El libro tenía las iniciales T. M.

—Sí, es él — se dijo Edna.

Y rápidamente se fué a buscar a Telmo para devolverle el volumen.

Pero, mientras Edna hacía esto, la señora Murray también había ido a buscar a su hijo y le había dicho:

—¿Por qué te has mostrado tan frío con esa joven que se porta conmigo como una hija?

—Es una mujer. Eso basta. Cierra con llave los cajones en que haya objetos de valor y rodea la casa de policía, porque nada está ya aquí seguro...

—¿Que injusto eres, hijo mío? Edna es un ángel.

—Todas las mujeres parecen ángeles, pero son, en realidad, demonios...

—Te dejo. No sabes cuánto me duele oírte hablar así a ti, a mi hijo, que antes era tan bueno.

La dura experiencia me ha transformado.

Salí la señora Murray y Telmo se dirigió al templo en miniatura, lo abrió, sacó el papel que en él guardaba, y lo leyó, acaso por milésima vez.

El papel que Telmo guardaba en el templo del amor, que para él lo era del odio, era la última carta que había recibido de Agnes, poco después de los sucesos en que perdió la vida Ray. Aquella carta decía:

«¿Por qué no vuelves a mi lado, amor mío? Nada sé de ti. Mis cartas se quedan sin respuesta. ¿Acaso la muerte de tu querido amigo Ray Hammond te ha hecho perder el juicio?»

—¡Miserable! ¡Hipócrita! ¡Mujer, al fin! — gritó Telmo acabando de leer.

Y nuevamente estrujó entre sus manos la carta, la arrojó al suelo, la volvió a recoger y hecha una bola la metió en el templo cerrando la puerta después.

Hecho esto, comenzó a dar paseos por toda la estancia, furioso. De pronto se dio cuenta de que Edna

estaba en el corredor que apartaba sus habitaciones del resto de la casa, titubeando sobre si entrar o no. Edna había ido, como hemos dicho, con intención de devolver el libro. Telmo, viéndola, le gritó:

—¿Entre o váyase! ¡Decídase!

Edna entró y mostrándole el libro le dijo:



—Quería entregarle este libro que usted perdió un día... hace un año... frente a la herrería de mi abuelito...

—¿Su abuelito? ¿Es usted la nieta del herrero Aaron Hunt?

—Sí... y mi pobre abuelito, la única persona que tenía yo en el mundo, y la única que me quería... se murió... Usted le insultó aquel día porque no quiso detenerse a arreglar una herradura de su caballo...

—Ahora recuerdo... pero, ¿cómo me ha reconocido usted tan fácilmente?

— Porque aquel día pasó una cosa horrible... qué yo vi... Y cada vez que la recuerdo, viene el semblante de usted a mi memoria... No lo olvidaré ese semblante nunca...

— ¿Usted vió?... — murmuró para sí Telmo. Y añadió en voz alta: Al menos es usted honrada y le agradezco que me haya devuelto el libro... ¿lo ha leído?

— Sí.

— Si le gustan a usted los libros, venga aquí cuando quiera y lea cuantos le plazcan de mi biblioteca.

— Gracias.

En seguida, Telmo se arrepintió de su ofrecimiento, pero no se atrevió a rectificarlo. Incluyó con un gesto a Edna que debía salir y cuando la joven salió, cerró la puerta tras ella con cólera contra sí mismo por su debilidad.

Aquella noche, buscando un medio de tratar de distraer a su hijo, la señora Murray recurrió a sus amistades con motivo de una comida de honor hacia una juvenil pareja cuyo noviazgo iba a acabar en boda.

Ella era Marión Moore, bellísima. El, Roberto Hammond, primo del difunto Ray. A la hora de los brindis, Telmo, sarcástico, se levantó y dijo:

— Brindo por la mujer, cuyo único interés en este mundo es darse importancia, sea heredera de un trono... o hija de un herrero...

Todos chocaron las copas riendo lo que creían una originalidad. Solamente Edna no bebió ni se puso en pie. Apartó de su lado la copa, procurando que no la viesen, apenada. Pero Telmo, que la observaba, se dio cuenta de todo.

IV

Poco después, en el corredor que separaba la casa de las habitaciones de Telmo, éste salió al encuentro de Edna, que se dirigía a la biblioteca y le dijo:

— Espero que, por mi beindis, habrá usted comprendido que su presencia en esta casa me es antipática.

— Lo siento — dijo Edna con voz quebrada. — Pero su madre de usted es muy buena para mí... y en tanto que mi presencia sirva para darle la felicidad que usted le ha negado... ¡me quedaré!

Entonces, queda declarada la guerra entre nosotros... Le advierto que mi bandera es negra y que no doy cuartel...

— No le temo. Soy incapaz de hacer daño a nadie y por esto a nadie le tengo temor. Procuraré no verle ni que me vea con frecuencia, pero no me irá porque su madre me necesita...

Y altiva, Edna se separó de él y entró en la biblioteca.

Telmo volvió adonde estaban los invitados y entró en una estancia en la que estaban solos, la novia en cuyo honor se daba la cena y el pastor Hammond.

Telmo, con su mirada demoníaca, comenzó a mirar fijamente a la joven. Esta, al fin, sugestionada, se puso en pie y comenzó a andar, como guiada por la voluntad de Telmo. Telmo la siguió. Así, fueron hacia las habitaciones del apóstata. Edna, dándose cuenta de que Telmo, con una joven, entraba, viéndose que no era posible salir sin ser vista, se ocultó tras unas cortinas. Telmo cerró la puerta. La novia se sentó en un sofá, Telmo tomó asiento a su lado, sin dejar de mirarla.

Al fin, vencida, sugestionada, la novia abrazó y besó con fervor a Telmo. Edna estuvo a punto de dar un grito, hurrizada de lo que veía. Pero logró dominarse.

Roberto, el novio, que andaba buscando a su prometida, oyó de labios del pastor que había salido con Telmo. Se dirigió a las habitaciones de éste. Abrió la puerta. Vió a su novia besando y abrazando, rendidamente, a Telmo. Sacó un revólver, dando un grito. Telmo se puso en pie y le dijo con calma:

—No seas necio, Roberto. He preparado esta comedia para demostrarte, antes de que sea demasiado tarde, que todas las mujeres son infieles.

La novia, librada ya del hechizo de la mirada de Telmo, se dio cuenta de todo y corrió a arrojarse a los pies de su prometido. Este la arrojó lejos de sí de un empujón violento, y luego, apuntando con el revólver, se acercó más a Telmo, que añadió:

—Creo haberte hecho un favor abriéndote los ojos...

Roberto se acercó más y puso el cañón del arma junto al pulso de Telmo, que ni siquiera se estremeció. Al contrario, agregó:

—Sin embargo, haz fuego si quieres. ¡Añade una más a la larga lista de las víctimas de las mujeres!

Edna, en su escondite, temblaba de terror y de sorpresa.

Roberto, al ver la serenidad de Telmo, le miró a los ojos. Encontró fija en él aquella mirada demoníaca y tembló como ante algo desconocido. Al fin, acertó a decir:

—¿Tú no eres un hombre! ¿Eres el demonio!

Y abandonó el revólver y salió aterrado.

Telmo entonces acompañó hasta la puerta a la novia, que se desahacía en lágrimas.

Edna, creyendo que Telmo se había marchado también, salió de su escondite. Pero en aquel momento Telmo volvió y ya no tuvo tiempo ella para esconderse de nuevo. Al verla él, le gritó con cólera:

—La autoricé para que leyese mis libros; pero no para venir aquí a mezclarse en mis asuntos.

—Traté de salir antes, pero no pude...

Telmo la miró entonces con su mirada aterradora. Pero Edna, ingenua, le miró a él con su humildad acostumbrada. El, entonces, fuera de sí, le dijo con voz terrible:

—¿Por qué me miras dulcemente? ¿No me temes?

—¡No! ¡No le temo! ¿Por qué había de temerle miedo?

—Salga de aquí, Edna. No puedo soportar esa mirada blanda, cariñosa.

—Yo no sé mirar de otro modo—dijo Edna saliendo.

Telmo entonces, a despecho de los esfuerzos constantes que hacía por mantener viva la flama del odio, empezó a percatarse, consternado, que por una causa misteriosa, iba perdiendo el dominio que ejercía sobre el sentimiento destructor, especialmente delante de Edna.

«¿Iré a amar a esa muchacha?»—se preguntaba.
«No, no lo—se respondía violento.—Imposible en mí caer de nuevo en esa debilidad.»

Pero un inexplicable interés por Edna... un interés que rehusaba admitir, se iba metiendo cautelosamente en su pecho. Aquel interés, parecía surgir de entre las cenizas del pasado, como una llama viva. Para rechazarlo, leía con más frecuencia que nunca la carta de Agnes, intentando así mantener firme su odio a las mujeres... Sin embargo, Edna aparecía ante su vista, turbándole. Entonces, con malévolos intenciones,

para convencerse de que tenía razón y de que hasta Edna era capaz de faltar a una promesa, como cualquiera otra mujer, tomó una determinación hipócrita, en un momento, aconsejado por el genio del mal que reinaba en él.

V

Por la tarde del día siguiente, Telmo puso en práctica la determinación que había tomado. Se presentó en la estancia en que su madre y Edna estaban y dijo a la primera:

—Mamá. Ya lo tengo decidido. Dentro de una hora emprenderé un largo viaje, un viaje más largo que cuantos hasta ahora he hecho... de un viaje de un año.

—¿Otra vez te vas, hijo mío?

—Sí; no hay otro remedio.

—¿Por qué?

—Sería muy largo y muy doloroso de explicar. Casi no tiene explicación.

—¿Vaya por Dios, Telmo! Veo que eres muy desgraciado. Pero yo lo soy más, de verte sufrir. Quisiera mejor que tus penas fuesen mías. Yo las soportaría pacientemente y, viéndote feliz, acaso ni siquiera me daría cuenta de ellas.

—Tu deseo, mamá, es santo, pero imposible. Cada uno en el mundo arrastramos nuestra carga de dolor. La mía es enorme. Pero la soporto. Lo terrible es que por mi culpa tú.

—No sabes bien cuanto es mi sufrimiento... Telmo.

—Me lo imagino... Pero no puedo evitarlo.

En seguida se dirigió a Edna y le dijo:

—Deseo pedir a usted un gran favor... que no solicite a ni de mi propia madre...

Su madre, al oír aquellas palabras, juzgó que debía marcharse y se marchó.

Entonces Telmo, con entera libertad, dijo a Edna, como principio de su plan de probar hasta donde llegaba su discreción:

—He aquí la llave de mi Tai Majal.

—Bien.



—Mi Tai Majal guarda el secreto de mi apostasía... Contiene la razón del porqué perdí mi fe en la humanidad...

—Bien.

—La hago depositaria de esa llave. Si no regreso en el plazo de un año, abra usted la puerta del templo y enseñe lo que contiene a mi madre...

—Lo haré.

—¿Me promete usted no abrirla salvo en las condiciones dichas?

—Se lo prometo.

En seguida, Telmo se despidió y se marchó.

Pero al cabo de un mes, la señora Murray, dolorida por la ausencia de su hijo, cayó enferma y todos creían que iba a morir. Entenerida por el dolor que sentía su protectora, a causa de la ausencia de Telmo, y con la esperanza de que el Tal Majal hiciera reanunciar la dicha de aquella infortunada madre, Edna dudó de su promesa y casi se decidió a romperla. La empujaba a ello el deseo de que la señora Murray no muriera. Por primera vez, pues, después de la marcha de Telmo, se acercó una noche al templo, con la llave en la mano, dispuesta a abrirlo. Al llegar junto a la miniatura, se arrodilló, elevó sus ojos al cielo y exclamó:

—¡Dígname, Señor! ¿Debo faltar a mi promesa para evitar una muerte segura? ¿Dígname, Señor, si puedo faltar a esa promesa toda vez que se trata de salvar un alma y de proporcionar, con la vida, la felicidad a una desventurada madre?

Telmo no se había alejado mucho de su casa. Y todas las noches, iba a ella, entraba a escondidas en sus habitaciones y acechaba para ver qué hacía Edna. Al encontrar aquella noche a la joven junto al templo, sonrió amargamente y se dijo:

—¡Es como todas! ¿Tenía yo razón! No hay ninguna fiel!

Y cuando creyó que Edna, después de varias vacilaciones, se decidía a abrir la puerta, huyó. Pero Edna, aunque estuvo largo rato junto al templo, no lo abrió. Se impuso en ella la idea de que no debía faltar a su promesa. Salíó pues de allí como había entrado, sin saber nada.

Poco después, aquella misma noche, cuando Edna se hallaba junto a la chimenea, leyendo un libro, se

presentó de pronto, ante ella, Telmo. Cuando se refirió de la sorpresa, pues no esperaba que el joven volviese tan pronto, se puso en pie y exclamó:

—¡Que alegría tendrá su madre al saber que ha vuelto usted! ¡Voy a decírselo!

—Espere... Cuando partí, dejé en sus manos una llave y le exigí una promesa. ¿La ha cumplido usted?

—He cumplido mi promesa.

—Pronto sabré la verdad.

—Yo no acostumbro mentir.

—Ahora lo veremos. Vamos a mis habitaciones, al lado del templo.

—Vamos.

Una vez allí, Telmo dijo:

—La perdonaría incluso haberse mezclado en mis asuntos... pero una mentira, ¡jamás! ¡Dígame la verdad!

—No me he mezclado nunca en sus asuntos ni ahora le miento.

—¿Quiere decir que no ha faltado a su promesa?

—No he faltado, no. Hasta esta noche no he entrado aquí. Hacer una hora que estuve. Dudé un momento, en si debía mantener mi promesa porque su madre está enferma y creí que acaso sabiendo el secreto de su vida curara. Pero no pasé de dudar. Al fin, el sentimiento de que no debía faltar a lo prometido triunfó en mí.

—Pues yo estoy seguro de que ha faltado.

—Es una seguridad falsa.

Ahora lo veremos. Si ha cumplido usted su promesa, habrá una explosión cuando yo abra la puerta del templo. Lo dejé preparado así para tener una prueba evidente, y no sólo su palabra.

—Abra —ordenó Edna.

Telmo abrió y se produjo la explosión, semejante a

un sordo disparo. Al darse cuenta de su error respecto a Edna, exclamó atribulado:

—¿Qué indigno soy! ¿Qué indigno! ¿Me perdonará usted?

Edna, sin contestar, salió.

Durante toda aquella noche, así como las olas, golpeando incansablemente el muro que las sostiene, acaban por derribarlo, así el amor venció en él todo otro sentimiento. Amaba a Edna, la amaba con frenesí, con locura, ya no podía ocultárselo; ya eran inútiles todos los esfuerzos que hacía por ahogar aquel amor. La joven, con su dulzura, le había vencido, le había dominado, lo había hecho suyo, había dado lugar a que el odio desapareciera de su pecho, para siempre.

En cuanto se levantó, por la mañana, fué a buscar a la joven y le dijo:

—Edna, me duele confesártelo, pero te amo, te adoro, te idolatro.

La joven, que hacía ya mucho tiempo esperaba aquellas palabras, tembló de emoción y cayó en los brazos de Telmo, que la estrechó en ellos fervorosamente a tiempo que la besaba con encendida pasión en los labios. Mas de pronto, ella, volviendo en sí de su emocionado desvarío, se desprendió de los brazos de él y corrió hacia la capilla, en donde se arrojó ante un Cristo exclamando:

—¡Abuelito... perdona mi debilidad!; Dadme fuerzas para resistir!; No debo ceder!; No cederé!

VI

Telmo la había seguido y, desde un rincón de la capilla, la veía orar.

Ella, cada vez más firme en que no debía ceder, y

desempeñada de recobrar la calma y energías necesarias para resistir, temiendo no poder hacerlo, pues que amaba a Telmo y aquél era un amor en el que temía confiar, pues que Telmo era un apóstata, se dirigía al Cristo con palabra atribulada y le rogaba:

—¡Dadme valor, Señor, para ausentarme... y olvidar!

Al oír las palabras ausentarme y olvidar, Telmo se apresuró a correr a su lado y le dijo:

—¡No te dejaré partir!; Mi corazón es tuyo!; No puedes abandonarme!

—Ese corazón no es mío. Pertenece al pecado...

Edna adurada... hay mucho que perdonar... No me juzgues antes de escucharme... Te lo confesaré todo...

Se sentaron en un banco de la capilla y Telmo empezó el relato de su apostasía. En el momento que empezó, el pastor apareció por una puerta, que estaba a espaldas de la pareja. Y oyendo que Telmo hablaba de su hijo, escuchó.

Telmo refirió con plena sinceridad, su amor por Agnes, su petición para que ella aceptara ser su esposa, la alegría con que volvió a su casa, la escena en que su madre le entregó el anillo, su gozo al volver para colocarlo en la mano de su amada, el modo como la encontró con Ray, su maldición de todo, su espera de que Ray volviera, el duelo singular que hubo entre ellos, la muerte de su amigo y su juramento de apostasía.

Al acabar, dijo:

Eso fue lo que destruyó mi fe en la humanidad... A no haber sido por ti, habría seguido hasta la muerte ciego y desesperado...

El pastor, una vez que lo hubo oído todo, desapareció de nuevo tras la puerta por la que había entrado.

—¿No sabía qué decir. Telmo, conmovido, le dijo:
—Ten piedad de mi alma atormentada. ¡Sólo tú puedes salvarme!

—Te compadezco, sí, con toda mi alma, pero no soy yo quien puede salvarte. Sólo hay uno que pueda: Cristo. Ora ante él, hasta que te perdone.

—No puedo, Edna.

—Yo daría mi vida por salvarte... y mi corazón se hace pedazos al pensar en alejarme de ti, mi querido hijo... pero debo hacerlo, hasta que Dios te perdone. ¡Adiós!

Y llorando, porque su corazón se quebraba, salió de la capilla y aquel mismo día, poco después, abandonó el pueblo.

—¿Se va, Dios mío!—exclamó Telmo al verla salir.—¿Se va! ¿Qué va a ser de mí?

Y como empujado por una fuerza superior, cayó de rodillas ante el Cristo. Pero su cuerpo estaba deshecho por sus tormentos morales y no pudo ni mantenerse de rodillas. Rodó por el suelo, desvanecido. Poco después, vuelto en sí, trató de levantarse, exclamando:

—Piedad, Señor! ¡A vos acudo arrepentido de todo corazón! ¡No me abandones!

En aquel momento, el pastor volvió a la capilla y le ayudó a levantarse. Luego, cuando ya estuvo en pie ante él, le dijo:

—Hijo mío, lo he oído todo y yo te perdono...

Telmo, atribulado cayó ante el pastor, que tan magnanimamente le perdonaba, hasta de la muerte de su hijo.

—Levántate—añadió el pastor—y ocupa el lugar que a mi hijo correspondía en el mundo y lucha por el mejoramiento de la humanidad... en vez de tratar de vengar el daño que Ray te hizo.

Telmo se puso en pie y abrazó al pastor, que también le abrazó a él. Estuvieron abrazados largo rato, llorosos y conmovidos los dos. En sus rostros brillaba la divina llama del amor a todo, encendida por aquel abrazo de perdón de un padre y de arrepentimiento de un apóstata, herido profundamente por una traición inmerecida.



Al día siguiente, obedeciendo las órdenes del pastor, Telmo ingresó en un seminario. Y algún tiempo después, Telmo ocupaba, para oficiar por primera vez, el lugar que a Ray estaba destinado en el mundo. Todo el pueblo acudió a presenciar aquel acontecimiento. En primer lugar, la señora Murray, que había curado totalmente de su enfermedad, y que ahora era feliz de ver que su hijo no saldría.

Después de unas palabras preliminares del pastor, explicando, tanto al público como al nuevo pastor, la misión que éste estaba obligado a cumplir, Telmo

habló largamente de sus propósitos en la nueva senda que había escogido para su vida.

Terminado el acto, todos los asistentes fueron desfilando por ante Telmo, felicitándole y saliendo después de la capilla. Cuando todos hubieron salido, incluso el viejo pastor, Telmo se dio cuenta de que una joven, que tenía el rostro oculto, como si llorara, había quedado en la capilla. Se acercó a ella, con humildad y ella levantó la cabeza.

Era Edna, que había acudido, por primera vez después de su marcha, para convencerse de que Cristo había perdonado a su amado.

Una sonrisa gozosa iluminó el rostro de Telmo al reconocerla. Haciendo que se pusiera en pie, le dijo:

—Lo que había de suceder ha sucedido. Nuestro amor, puro y santo, es grato a los ojos de Dios, que no sólo me ha perdonado sino que me ha admitido entre sus pastores.

Edna se reclinó en sus brazos. Por caminos extraños, el amor de aquellas dos criaturas las unía para siempre. Brillaba en los ojos de ambos, mientras se abrazaban y besaban, esa luz divina y misteriosa que sólo el amor verdadero enciende.

FIN

Nueva Colección de Postales-retratos

DE

ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

(FOTOGRAFÍAS)

AGNES AIERS	PAULINA FREDERICK
ARTHUR HOSCOE (Patty)	ELIONOR FAIR
MARY ANDERSON	ELBIE FERGUSON
ART ACORD	ALEC B. FRANCOIS
ITALIA ALMIRANTE (Mancin)	MAUDE GREGG
FRANCESCA BERTINI	JACQUELINE GODSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Hoot) GIBSON
BENEDICT BENNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BINEY	LILLIAN HALL
RICHARD BARTLEME	CAROL HOLLOWAY
GEORGE BISSET	BESSIE HAYAKAWA
ARMAND BERNAT	WALTER HIER
MARGARITA CLARKE	HELEN HOLMES
JANET CARMEN	WILLIAM S. HART
MAREY CARRY (Cayana)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE CUNARD (Lucille Howe)	WANDA HAWLEY
JUNE CAPRICH	GABRIEL HUGHES
JANE COLW	JACK HOKIE
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NARAYA CAPEI	ALICE JOYCE
IRENE CASTLE	LEATRICE JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	ROMUALD JOUBE
CHARLES CHAPLIN (Charlot), par-	MARIA JACOBINI
SAO	MADGE KENNEDY
LON CHANEY	BUSTEE KRATON (Pamplinas)
ELENA CHADWICH	DORIS KENYON
LUCY DORRINE	MOLLIE KING
BESS DANIELS (Bess)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	TILDE KASSAY
HELENA DARLY	NORMAN KERRY
VIOLA DANA	DIANA KARRER
KATHERINE MAC DONALD	NATALIA KOWANEO
WILLIAM DUNCAN	CLARA KIMBALL
CAROL DEMETER	LOISE LOVELLY
MACHEL DAVYDIS	BERT LITELL
PRISCILLA DEAN	ELMO H. LINCOLN
REGINALD DEMI	BESSIE LOVE
WILLIE DOVE	DOUGLAS MAC LEAN
LENIA DERNI	VITORIA LEPANTO
WILLIAM DESMOND	MITCHELL LEWIS
MIR DU-POH	HAROLD LLOYD (Ed)
MAXIME ELLIOT	MARGARET LIVINGSTON
MARGARITE FISHER	GUIRA LOREAINNE
FRANCOIS FORD (Conde Hugo)	ANNA LITTLE
WILLIAM FARNUM	LAURA LA-PLANTE
FRANKLIN FARNUM	MAI LINDER
DOUGLAS FAIRBANKS	MAN MURRAY

MACISTE
 GINETE MADDIE
 THOMAS MEIGHAM
 ANTONIO MORRINO
 LYA MORA
 JACK MULHALL
 TOM MOORE
 N. MATHE
 TOM MIX
 SHIRLEY MASON
 GASTON MITCHELL
 MAH MARSH
 MARY MILLS MINTER
 MARGARET MARSH
 SANDRA MILONAYOFF
 CHARLES MACK
 FRANK MAYO
 POLA NEGEL
 ALIA NAZIMOVA
 RENEE NAVAREE
 MABEL NORMAN
 ANA Q. NILSON
 BENA OWEN
 MARIE OSBORNE
 LIVIO PAVANELLI
 DORIS PAWN
 EILEEN PRECY
 JACK PICKFORD
 EDDIE POLO
 BABY PAGE
 MARY PICKFORD
 MARY PHILBIN
 MARIE PREVOST
 JEAN PAGE
 BENNY PORTER

PRINCE (SilvaMans)
 ROUSE PETERS
 WILL ROBERTS
 WILLIAM RUSSELL
 WALLAUS REID
 CAMILO DE RISO
 HERBERT MAWLINSON
 RUTH ROLAND
 CHARLES RAY
 JOE RYAN
 FRITZ RETGEWAY
 MARCELLE HOLLEY
 M. RINECKI
 PATSI RUTH MILLER
 PAULINE STARK
 GUSTAVO SHERNA
 LARRY SEYMEN
 GLORIA SWANSON
 ANITA STEWART
 CLARINE SKELWYNE
 MADLAINE TRAVERSE
 OLIVE THOMAS
 NORMA TALMADGE
 CONSTANCE TALMADGE
 ALICE THERRY
 VERA VERGANI
 VIRGINIA VALLI
 RODOLFO VALENTINO
 FANNIE WARD
 PRABL WHITE
 GEORGE WALSH
 MARIE WALCAMP
 BEN WILSON
 GLADIS WALTON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
 Giro Postal a Publicaciones Mundial.—Apartado de Co-
 rreos 925, Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—ptas.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Jolie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Matcaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'— "
Patrons Favoris Blouses	"	5'— "
Patrons Favoris Enfants	"	3'— "
Patrons Favoris Lingerie	"	5'— "
Patrons Favoris Gentlemen Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Tailleur	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan anuncio: figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Documentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barbad, 15. Apartado 925 — Barcelona